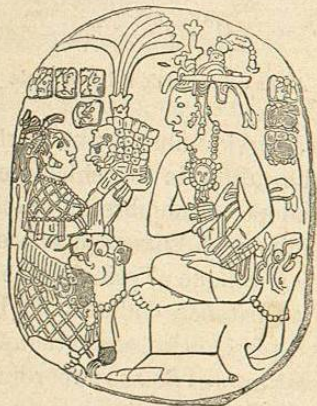
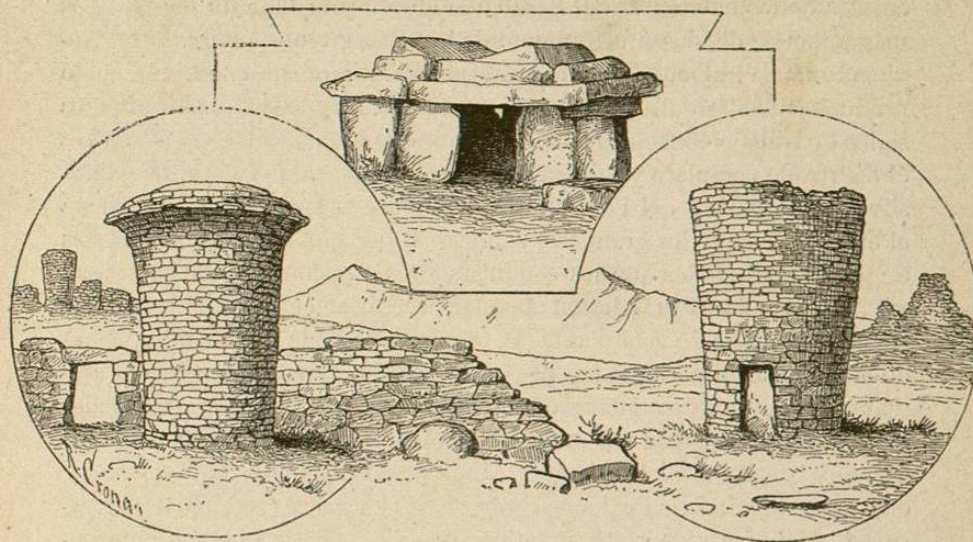


gran familia, y escogió por patria la parte Noroeste del río; pero con el tiempo sus individuos fueron expulsados de allí, y entonces fijaron su residencia en una isla del lago de México. Por su inteligencia y sangre fría en los combates eleváronse pronto á gran altura y adquirieron gran celebridad é importancia. Tenochitlán ó Tenochtitlán (1), ciudad azteca cuyas viviendas de forma cuadrada estaban construídas sobre estacas, aumentaba en población rápidamente, y esta circunstancia, unida á otras no menos felices, proporcionó con el tiempo á esta raza la dirección de los antiguos y unidos pueblos mexicanos, así como también dicha ciudad, que llegó á ser la capital de México, sobrepujó á todas las demás ciudades de la América central. La explicación de los acontecimientos que fueron causa de su rápido engrandecimiento, así como las relaciones que existieron entre los aztecas y los demás pueblos, con el fin de evitar repeticiones, nos reservamos ocuparnos en ellas cuando hagamos la descripción del descubrimiento y conquista de México por los españoles.

(1) La palabra *Tenochtitlán* significa en el cacto sobre la piedra, y la tradición explica el motivo de haberse fundado la ciudad en aquel paraje del siguiente modo: «Los aztecas divisaron sobre una peña (*tetl*) azotada por las olas, que sobresalía en medio del lago, una chumbera (*nochtli*), y encima un águila, con las alas extendidas hacia el sol naciente, con una culebra entre las garras.» Este emblema es el mismo que se ve todavía en el escudo de armas de la República mexicana.



Bajo relieve encontrado en el palacio de Palenque.



Mausoleo en Acora, antiguos sepulcros de Quellenata  
Dibujo original de Rodolfo Cronau

#### LOS ANTIGUOS PUEBLOS CULTOS DE LA AMÉRICA DEL SUR

Si bien es cierto que los antiguos pueblos de México y de la América central habían alcanzado muy alto grado de cultura social, religiosa y artística, no lo es menos que algunos pueblos de la América del Sur habían asimismo conseguido elevarse á tan gran altura por su propio esfuerzo y sin ninguna clase de extraña influencia.

A la cabeza de estos antiguos pueblos cultos se hallan los del Perú, que constituyeron primero gran número de naciones diversas, y los cuales fueron reducidos andando el tiempo, bajo el gran poder de los incas, á un Estado tan poderoso y unido como organizado con suma rigidez, fusionándose de tal modo unas naciones con otras, que estas ramas, separadas antes del tronco que les era común, llegaron á constituir un solo y apretado haz.

La época en que semejante fusión tuvo lugar se ignora, pues no existe dato alguno cronológico que la consigne. Esto no obstante, algunos indicios autorizan la suposición de que se realizó mucho antes de la llegada de los españoles, siendo así que éstos hallaron á los pueblos del Perú

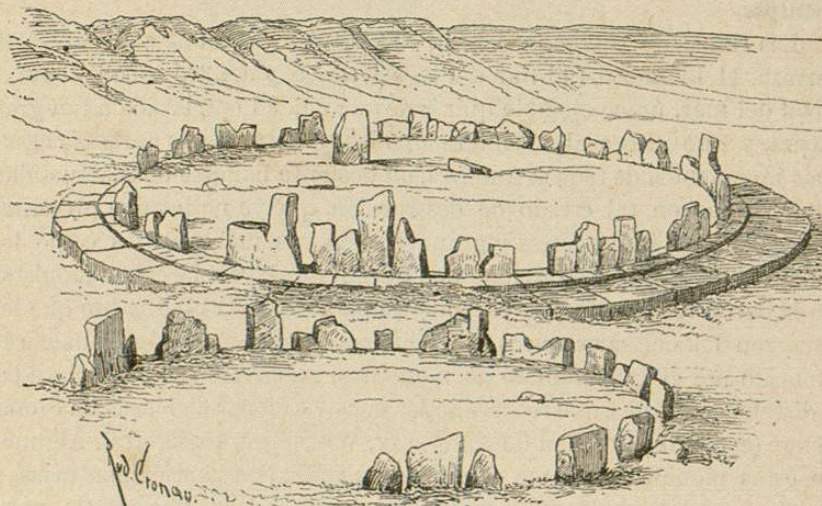
constituyendo ya un Estado poderoso perfectamente organizado. Y que la cultura de los habitantes del Perú en la antigüedad data de los tiempos más remotos, dedúcese claramente de diversas circunstancias. Por ejemplo, el maíz, el algodón y varias raíces comestibles son conocidos como productos de alta cultura peruana, pues tuvieron que transcurrir muchos siglos de trabajo constante para conseguir que el maíz silvestre alcanzara el desarrollo completo y mejora que había logrado en el Perú. La patata silvestre de Chile y del Perú es una legumbre muy insignificante, hasta el extremo de que los grandes y sabrosos tubérculos de diferentes clases de patatas cultivadas que los conquistadores españoles encontraron á su arribo á aquellas tierras, hacen suponer necesariamente algunos siglos de cultivo esmerado de esta planta (1). Otra prueba de la remota antigüedad de la civilización peruana nos presentan las llamas y las alpacas, dos animales domésticos de aquellos pueblos. La circunstancia de que estos animales son tan distintos por su pelaje y color, pues la lana de las llamas es áspera y basta y la de las alpacas blanda y sedosa, no obstante ser uno y otro descendientes de los huanacos y vicuñas, especies totalmente silvestres é indómitas y de color idéntico, obliga á admitir que fueron necesarios varios siglos para sacar de estos animales, que habitan exclusivamente las elevadas y escabrosas soledades de los Andes, las especies que no pueden vivir sin el hombre.

Los restos más antiguos de habitantes originales del Perú son los sepulcros construídos de cuatro ó más losas, de 1,66 metro de alto por 10 á 20 centímetros de espesor, cubiertas con otra losa, y además, para mayor seguridad de los cadáveres, á los que estas cajas de piedra sirven de última morada, con un montón de tierra y piedras. Estos sepulcros antiguos se encuentran en gran número cerca de Acora y en las inmediaciones del lago Titicaca, donde se levantan asimismo numerosas torres sepulcrales llamadas *chulpas*, como las que se representan en el grabado que sirve de cabecera á este capítulo, y que son también de la época prehistórica del Perú. Hay *chulpas* cuadradas y redondas, y figuran como monumentos arquitectónicos entre los más notables de la América del Sur. Las hay construídas en parte de piedra sin labrar y en parte de piedra labrada; á veces solían cubrirlas con una capa de barro, otras con estuco, y probablemente también las pintaban. En su interior tienen cámaras y

(1) Durante una serie de años se han hecho ensayos de cultivo con una especie de patata que vive silvestre en México, y cuyos tubérculos alcanzan el tamaño de una nuez, para ver si harían producir á ésta tubérculos de mayor tamaño; mas no habiéndose obtenido de este cultivo el menor resultado, es preciso admitir que los antiguos peruanos sólo llegaron, á fuerza de siglos de cultivo, á dar á la patata silvestre de los primeros tiempos la gran perfección que consiguieron, como es indudable.

nichos destinados á los cadáveres. En la región del Titicaca se encuentran grupos de 20 y hasta de 100 torres de esta clase, que se elevan generalmente sobre las eminencias del terreno, como en los mogotes, estribaciones y lomas, dando un aspecto característico al paisaje, sobre todo cuando se destacan atrevidas del fondo terso y diáfano de la atmósfera.

Igualmente se encuentran semejantes torres en la península de Sillustani, que penetra hasta muy adentro en el lago de Umayo. Allí se ven algunas que miden más de cinco metros de diámetro y más de 13 de altura.



Circulos de piedra de la península de Sillustani, del lago de Umayo

La entrada de estos sepulcros suele ser tan baja que sólo permite el paso de un cuerpo humano. El interior presenta, ó bien una sola cámara abovedada, ó bien diferentes compartimientos abiertos en el suelo y cubiertos con losas, ó, en fin, algunos nichos para recibir los muertos.

Hay también en la península de Sillustani círculos y semicírculos curiosísimos, formados con baldosas lisas y muy bien ajustadas. En el interior de estos círculos hay otro, concéntrico, de piedras sin labrar colocadas en posición vertical. Estos llamados círculos solares recuerdan los círculos análogos construídos en época remotísima en Inglaterra y en otros países del Norte de Europa y de Asia.

Acaso datan de la misma época, ó de otra posterior, las construcciones ciclópeas que hacen suponer, tanto por su extensión como por su frecuencia, que antes del establecimiento de la dinastía de los incas debió de existir en el Perú algún poderoso imperio que, á juzgar por sus obras colosales, que nada tienen de común con la arquitectura de los incas, debió

tener á su disposición recursos de grandes fuerzas mecánicas. Y que estas obras ciclópeas corresponden á época anterior á la de los incas, lo demuestra una noticia de Garcilaso, antiguo cronista español, según el cual los peruanos, al avanzar por primera vez en son de conquista, en el reinado de Mayta Capac (Ccapac), el cuarto inca, hasta la elevada meseta del Titicaca, quedaron asombrados al contemplar las imponentes ruinas de Tiahuanaco sin poder explicarse los medios de que pudieron valerse aquellos antiguos constructores para la erección de tan grandísimos monumentos.

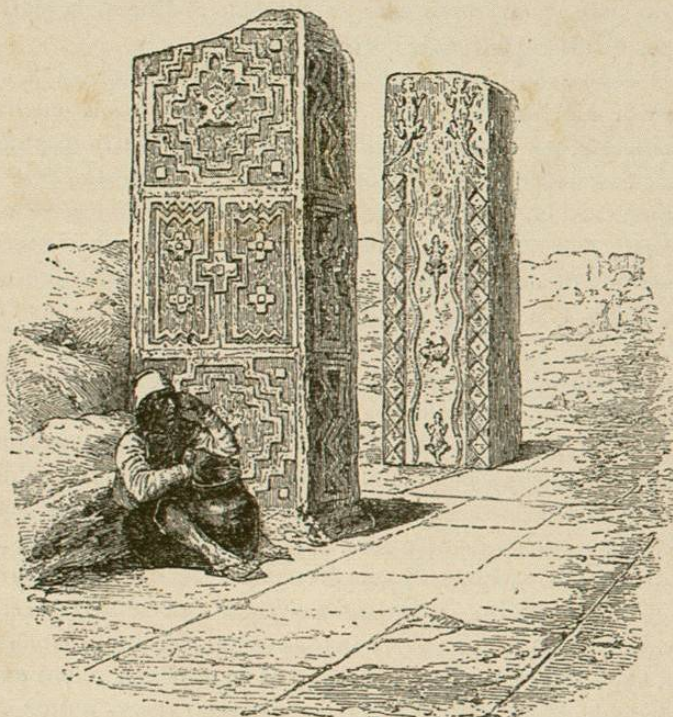
Las ruinas de Tiahuanaco están emplazadas sobre una alta y desierta terraza, 11 kilómetros al Sur del lago Titicaca, y á 4.300 metros sobre el nivel del mar, único ejemplo quizás de una ciudad emplazada á tan gran altura, y que ofrece al mismo tiempo las construcciones antiguas acaso más imponentes de toda la América, no obstante hallarse en la actualidad estas ruinas en tal estado de destrucción que ya no pueden presentar ejemplares tan interesantes y grandiosos de sus monumentos como los que presentaban aún en tiempo de la conquista española, cuyos cronistas no hallaron términos en su vocabulario para expresar el asombro que les causaron los colosales restos de Tiahuanaco, que sobre todo llamaban la atención por el gran número de monolitos, grandísimas losas colocadas á distancias iguales, que recuerdan las construcciones ciclópeas de Stonehenge (cerca de la ciudad de Amesbury, Wiltshire, Inglaterra). Algunos de estos monolitos ofrecen dimensiones verdaderamente gigantescas, y una losa medida por Tschudi tenía 7,44 metros de largo por 4,66 de ancho aproximadamente. Otra losa, que forma parte de un templo más pequeño, mide hasta 12 metros de largo por 2,50 de ancho y su peso se calcula en 200 toneladas, no comprendiéndose cómo han podido ser transportadas desde las canteras, distantes de 15 á 40 millas inglesas (46 á 64 ó 65 kilómetros), hasta el lugar de la obra.

Muchos de estos grandísimos monolitos, cubiertos de esculturas de toda clase, han desaparecido; gran número han sido empleados en la construcción de iglesias y obras profanas; otros se han utilizado para un molino de chocolate; en una palabra, las citadas ruinas han sido una verdadera rica cantera para las ciudades y aldeas vecinas.

Entre las ruinas conservadas llama la atención en primer lugar la llamada *Fortaleza*, ó sea la ciudadela, colina artificial formada por varios terraplenes que, sostenidos por robustos y fuertes muros, llegan hasta la altura de 50 metros. A juzgar por los cimientos, todavía existentes, elevábase antiguamente sobre la plataforma, que tiene bastante capacidad, diferentes construcciones, destinadas sin duda á prácticas religiosas, al igual que los teocallies de México y de la América central.

La tradición de que estas ruinas encerraban tesoros de valor inapreciable ha sido causa, sin duda alguna, de su casi total destrucción, pues es posible que ningún punto de la Tierra haya dado motivo á los buscadores de riquezas imaginarias para, como en estos parajes, remover y socavar su suelo.

Al Norte de la ciudadela se hallan las ruinas de un templo que mide



Pilares de tierra de asperón en Hatuncolla, según Squier

150 metros de largo por 125 de ancho. Este templo, que forma un rectángulo, era probablemente un santuario al aire libre, pues carecía de techumbre, y su área está indicada por hileras de rojos bloques de piedra de asperón, los cuales bloques tienen de un metro á metro y medio de circunferencia por dos y medio ó tres de altura, y por su base están introducidos en el suelo á dos metros de profundidad. La distancia que media entre uno y otro es de unos cinco metros, y en su cúspide ostentan unos huecos que parecen haber servido de sostén á otros pilares transversales. Según Squier, el santuario de que hablamos debió tener una construcción parecida á la de las célebres ruinas de Stonehenge, en la parte meridional de Inglaterra.

La magnífica Sala de Justicia, descrita por Cieza de León hace tres siglos, no es en la actualidad más que un imponente montón de escombros. La tal sala formaba un rectángulo de grandísimas dimensiones encerrado dentro de muros de piedra labrada. Al Este había una especie de plataforma cuyos bloques de piedra estaban unidos por medio de abrazaderas de cobre, y algunos de estos bloques, de ocho metros de largo por cuatro y medio de ancho y dos de espesor, ostentaban, al Este de la plataforma, tres grupos de asientos trabajados en la roca.

En las cercanías de este edificio se encuentran los restos de otro, en cuyo interior hay una piedra de tres metros y medio en cuadro, muy bien trabajada y que es un misterio el objeto á que estuvo destinada.

La mayoría de las obras escultóricas de Tiahuanaco están destruídas ó han desaparecido; en cambio la más curiosa de estas edificaciones, denominada *La Puerta Grande*, se halla en perfecto estado de conservación. Está construída de un solo bloque y se eleva 2,33 metros sobre el nivel del suelo; mide 4,33 metros de ancho y la puerta tiene de luz 67 centímetros.

Mientras que la parte posterior de este monolito, situado al Oeste, contiene gran cantidad de nichos y está adornada con caprichosas bandas y listones, la anterior, orientada al Este, ostenta sobre la puerta de entrada un rico friso de bajos relieves, muestra portentosa de una civilización ya extinta, que parece destinada á transmitir á las generaciones las creencias y tradiciones de su tiempo. A la mitad de este friso se ve un alto relieve representando la figura de una divinidad. Tiene la cabeza circundada de rayos luminosos que terminan en círculos ó en cabezas de serpiente. El pecho está adornado con dos culebras unidas por un ornamento cuadrado. En derredor del cuello lleva una cinta anudada, cuyos extremos descienden hasta el cinturón, del cual cuelgan seis cabezas humanas; otras dos cabezas penden también de los codos de la figura. En cada mano lleva un cetro, cuya empuñadura representa la cabeza de un cóndor. El cetro que corresponde á la mano izquierda se divide en dos partes, cada una de las cuales figura una serpiente con cabeza de cóndor. Debajo de los hundidos ojos del ídolo se ven tres agujeros que parecen querer significar un tatuaje. Algunos exploradores creen, por el contrario, que quieren representar lágrimas. Un poco más abajo del cinturón tiene las piernas cortadas, y por debajo de éstas pasa un fantástico adorno ornamentado hecho con cuerpos de serpiente y cabezas de cóndor.

A ambos lados de la divinidad se ven 48 figuras divididas en tres filas de diez y seis cada una, en un espacio cuadrado de ochenta pulgadas y puestas unas sobre otras. Algunas de ellas son aladas, y su actitud parece indicar que rinden homenaje al ídolo, pues doblan la rodilla delante

de éste. Mientras que las figuras de las filas superior é inferior afectan la forma humana y llevan en la cabeza una diadema extraña formada por serpientes, las de la fila intermedia tienen cabezas de cóndor que miran hacia arriba. Todas ellas llevan en las manos cetros fantásticos, y en el ropaje grotescos adornos de cuerpos de culebras, peces y pájaros. Debajo de esta triple hilera hay otra transversal que abraza todo el bloque, con diversos y caprichosos ornamentos, entre ellos las imágenes del Sol y de la Luna circundadas de rayos. Desgraciadamente, tan interesantísimo monumento ha sido desquiciado á causa de algún terremoto.

De otros monolitos y columnas ricamente decorados con esculturas, descritos hace 300 años por Cieza de León y Alcobasa, ha desaparecido toda huella. Lo que en primer término distingue á los restos que existen en la actualidad, es la desacostumbrada y primorosa ejecución de sus cincelados adornos. Los oscuros y durísimos bloques de traquita están trabajados con tal precisión; sus superficies han sido tan perfectamente labradas, que no es posible aventajarlas. El célebre explorador Squire afirma que en ninguna otra parte de América ni en ninguno de los otros Continentes es posible encontrar nada tan bien hecho por el humano cincel como los adornos en que venimos ocupándonos. No se sabe á ciencia cierta á qué pueblo atribuir



Modelo de una casa, según la pintura de una vasija encontrada en Chimu.

las ruinas de Tiahuanaco: si al colla, que reinó mucho antes que los incas y del que se cree tomaron éstos la costumbre de adorar al Sol, ó á algún otro más antiguo. Tampoco se sabe con seguridad si la figura antes descrita representa una divinidad, ó un soberano con sus vasallos al que rinden homenaje los representantes de otras naciones.

Igualmente se desconoce el objeto de dos singulares pilares de tierra de asperón que se ven en la pequeña ciudad de Hatuncolla, emplazada á 11 kilómetros de distancia del lago Titicaca, y que están totalmente cubiertos de figuras representando ranas, lagartijas, serpientes, y de trabajos geométricos delicadamente cincelados.

A la categoría de las antiguas ruinas peruanas pertenecen las encontradas á la orilla y en diversas islas del lago Titicaca. Sobre todo en la isla de este nombre se hallan en gran cantidad restos de templos, puertas y monumentos de toda clase, pues en aquel sitio hubo antiguamente un santuario á que acudían los peregrinos de lejanas comarcas. Todavía en tiempo de los incas conservaba la isla este carácter sagrado, por cuanto en ella, según la tradición, habían nacido Manco Capac y Mama Oello, y además allí se hallaba también la peña sagrada que llevaba el nombre de *Titicaca*, peña que estaba toda ella cubierta de alfombras adornadas de

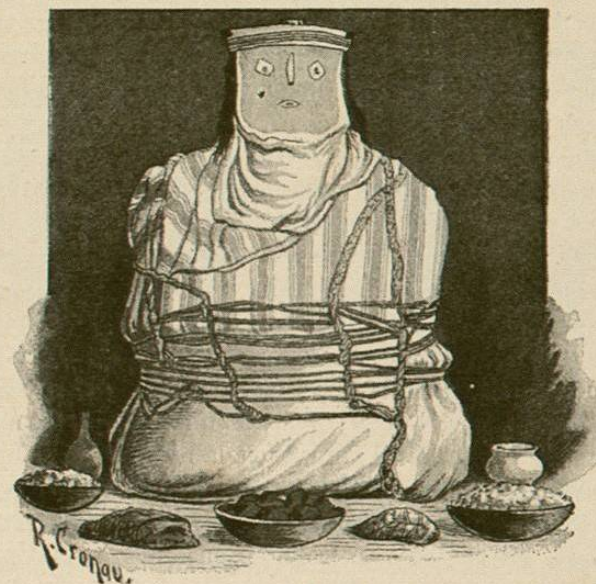
oro y plata. Los peregrinos que le llevaban ofrendas las depositaban al pie de la dicha peña sagrada y sólo á cierta distancia podían pararse á contemplarla, pues era creencia general que ningún pájaro podía posarse sobre ella ni ningún animal poner su planta en el recinto, y por lo tanto ningún ser humano hubiera tenido la audacia de intentar hollarla. Decían que de allí había salido el Sol á disipar las primitivas tinieblas y á iluminar el mundo con sus rayos vivificantes. Tres puertas conducían al santuario: la primera, en la cual tenían que confesarse los pecados, se denominaba *Pumapuncu* (Puerta del león); la segunda, en la que los peregrinos tenían que practicar ciertas ceremonias, se llamaba *Quentipuncu* (Puerta del pájaro *Quenti*, ó la Puerta encorvada); y la tercera era conocida por el nombre de *Villcapuncu* (Puerta sagrada ó de los sacerdotes).

Los tambos ó albergues servían sin duda para alojamiento de los peregrinos, al paso que las otras reducidísimas viviendas eran destinadas para que las habitasen las vírgenes del Sol. Este edificio, llamado *Chincana*, ó laberinto, posee, además de estas cámaras ó habitaciones, gran número de estrechos corredores y departamentos abovedados que, según la versión de los colonizadores españoles, servían los unos de despensas y los otros para guardar los tesoros del templo. Al presente están reducidos á escombros todos estos edificios, los antiguos dioses derribados de sus altares, y la peña sagrada no es más que una masa desmoronada y carcomida por las inclemencias del tiempo, la cual masa mide 42 metros de largo por ocho de elevación y apenas llama la atención del viajero.

A la extremidad de la isla se hallaba situado, sobre un alto peñasco, el templo del Sol, santuario de 10 metros de ancho por 35 de largo y cuya fachada principal constaba de cinco puertas. Todo el edificio había sido construido con piedras sin labrar, estaba revestido de una capa de estuco y en su interior encerraba innumerables tesoros, así como gran cantidad de objetos de oro y plata, que fueron arrojados al lago para evitar que se apoderasen de ellos los conquistadores españoles. Cerca de este templo, sobre una elevada eminencia que dominaba gran parte de la comarca, se hallaba el palacio del inca, edificio no muy grande, revestido también, así interior como exteriormente, de una capa de estuco amarillo. Las puertas, como asimismo los numerosos nichos que se veían en sus muros, estaban pintados de color rojo. Lo que sobre todo llamaba la atención era el piramidal tejado, hecho de piedras sobrepuestas. Alrededor del palacio se extendían hermosos jardines y explanadas; por todas partes se oía el monótono murmullo de las fuentes, cuyas aguas eran hasta allí conducidas por cañerías subterráneas, y desde las ventanas del segundo piso del palacio disfrutábase de un admirable panorama, pues se veía gran parte del lago y buen número de los nevados picachos que lo circundan.

Si la isla sagrada de Titicaca estaba consagrada al Sol, la vecina isla de Coati lo estaba á la Luna, y también en ésta se encuentran extensas ruinas de templos y de otros edificios de carácter religioso que servían de morada á las vírgenes y á los sacerdotes.

Antiquísimos y también muy visitados santuarios se hallaban en Pachacamac, á 110 kilómetros de Lima. Allí acudían confundidos los peregrinos de diferentes tribus, amigas ó enemigas, pues Pachacamac era la Meca de la América del Sur, y todos iban á ella en romería llevando



Antigua momia peruana, existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín, según el dibujo original de Rodolfo Cronau

ofrendas y sacrificios para el Sol. El nombre de Pachacamac significa *el que anima el mundo, el creador del Universo*.

En derredor del santuario había, mucho antes de la invasión incásica, una ciudad, y en ella numerosos tambos en los que se hospedaban los peregrinos. Cuando los incas sometieron á su poder todo el Perú y llegaron á este paraje, respetaron y conservaron el carácter religioso de éste, y además edificaron un templo consagrado al Sol, como asimismo otro edificio destinado á servir de vivienda á las vírgenes del Sol. En la actualidad no se observa vestigio de ninguna clase que revele la magnificencia que en otros tiempos encerraban estos santuarios. El templo del Sol fué saqueado por los españoles, y se convirtió en montón de escombros como todos los demás edificios de Pachacamac. Donde antes hubo tanta vida y